

# Los hechiceros de Carlos Morales



Ricardo Blanco Segura

Realmente es una pretensión vana intentar hacer la crítica de un libro en unas cuantas cuartillas, limitadas al espacio permitido en una página de periódico. Un libro es algo muy serio —sea cual sea su índole— y no es así como así que se dicen tres o cuatro cosas a rajatabla respecto a él. Todo esto a propósito de un simple comentario que quiero hacerle en estas líneas al recientemente publicado libro de Carlos Morales "Los Hechiceros del Siglo XX".

En primer término, de buenas a primeras le digo a Carlos que el prólogo de Marín Cañas no me gusta para nada. Reconozco en don José un gran talento literario, que en sus novelas nos ha dejado lo mejor de sí; pero en sus escritos periodísticos y otras páginas, adolece de un defecto de indefinición pavoroso. Escribe y escribe artículos y más artículos y al final, después de un alarde fáctico de términos rebuscados y barrocos (como para que el lector se dé cuenta de lo abundoso de su léxico) no queda en nada y uno no sabe en qué terreno está puesto. De Marín Cañas uno no sabe nunca de donde viene ni a donde va, porque jamás nos brinda una definición exacta y concisa de su pensamiento. Todo es un "como que sí" y como que no".

En el prólogo del libro de Morales, "parece" que no está de acuerdo con muchas de sus ideas, pero la posición es tambaleante, indecisa, expresada en trozos de mucha rimbombancia verbal, cuya esencia bien pudo haber sido expresada en tres o cuatro términos. Tal es por ejemplo este artificio de la página 13: "La noticia se logra aplicando las reglas de un juego de práctica que es aprendible en diez minutos, cuando se poseen cualidades; o no es aprendible en veinte siglos, cuando se es tarugo. El examen de la circunstancia se hace con mayor fluidez si existe previa preparación humanística". Y así el resto del prólogo, para llegar a la conclusión de que: "vivimos en una época de dudosas verdades"; frases efectistas, que impresionan de primera entrada, pero que a mí que soy hombre de conceptos definidos y del pan pan y el vino vino, no me convencen para nada. No, definitivamente, el prólogo del libro de Morales es un total desacuerdo.

Y ahora vamos a la obra en sí. Comienzo por reconocer que en su clase es única en nuestro país, por ser la primera vez que un ensayo de esta índole se intenta en nuestro medio. A decir verdad a ninguno de nuestros periodistas, ni aún a aquellos considerados como los "grandes" de la prensa nacional (Otilio Ulate, Vargas Coto, Carballo, etc) les dio por analizar la razón subjetiva y objetiva de ser del periodismo. A otros, lo más que se les ha ocurrido es escribir historias cronológicas, que no pasan de tener un mérito puramente informativo, pero que no trascienden la validez del hecho histórico, para decirnos que es realmente el periodismo. El mérito principal de la obra de Morales, lo digo de una vez, está en el análisis que hace de lo que para él es el periodismo, se esté o no de acuerdo con sus ideas. Estas últimas, son en su mayoría adversas a los conceptos tradicionales que existen al respecto, pero fundamentadas en un razonamiento tan lógico que en muchos de sus aspectos lo convencen a uno.

No puedo por razones de espacio referirme a la totalidad de las ideas de Morales, pese a los múltiples señalamientos que he ido haciendo al margen a través de la lectura del libro. Me referiré solamente a dos puntos: la cultura necesaria en el periodista y la libertad de prensa.

El primer tema, siempre me ha apasionado, porque creo que el periodismo mundial (y más el local) está inundado de incultura. Y esto es gravísimo porque siendo el periodista quien tiene en sus manos la diaria formación de los lectores, debe asumir la responsabilidad de las consecuencias de su modo de escribir, de informar y de pensar. Bastaría con traer a cuento el desastroso uso del idioma que muchos hacen para llenar muchas páginas de comentario. Por este trozo del libro de Morales, tiene valor de sentencia definitiva: "El periodista ya no puede ser más el inculto mandadero que se acercó a la sala de redacción y empezó a teclear hasta concebir una gaceta. El título de gacetillero con que siempre se le distinguió despectivamente en el mundo de habla hispana ya no debe supervivir, es más, está destinado a perecer ante el impulso del nuevo comunicador que asume con seguridad sus responsabilidades y está perfectamente enterado del delicado material que la sociedad le ha encomendado manipular".

El segundo tema es el de la libertad de prensa, que, como toda clase de libertad dentro de las actividades humanas, para mí no existe. Filosóficamente para mí la libertad no existe en ningún aspecto; basta que estemos sujetos a nuestras propias necesidades materiales y espirituales, para que desde ya nos consideremos esclavos de nosotros mismos. De allí que para mi propia convicción crea que el ser humano no debe vivir en función de la vida sino de la muerte que, por negar las ataduras naturales y sociales que restringen la libertad en el vivir, libera plenamente porque es la negación absoluta del ser. Y no ser es la única manera de ser libre.

A través de agudos comentarios sobre la comercialización de los periódicos, la ética y la libertad, el choque de éticas, el concepto, etc. Carlos Morales llega a esta conclusión que yo también suscribiría con gusto: "La libertad de prensa debe tomarse como un concepto abstracto, como un perfeccionismo, como una meta para el diarismo, como una aspiración hacia la cual se avanza con la certeza de que no se alcanzará más que en jirones". Si, Carlos, como todo lo nuestro en el mundo: solo lo encontramos hecho jirones; y la desgracia es que nos conformamos para seguir aspirando a más.

Muchos otros aspectos tiene este libro de Morales para comentar y reflexionar, pero el espacio no me permite detenerme en ellos. Basta agregar a todo lo dicho que, aparte del mérito de la obra, ésta significa para mí un hondo motivo de satisfacción. Porque quien la escribió es un ser que siendo un mocoso de doce años llegó un día a las aulas en que yo daba clases; rebelde y altivo como él solo, logré entender sin embargo, todo el valor de su personalidad y de su talento, hasta pasar de ser alumno a uno de mis más dilectos amigos; quizá de los pocos que me regaña y me corrige. Y no es para menos, porque quien no supera a sus maestros jamás pudo ser buen discípulo.